

# DESAMOR/SOLEDAD

en

## “el otoño del patriarca”

GERMAN D. CARRILLO\*

### INTRODUCCION

El otoño del patriarca pinta con rasgos expresivos un viejo senil, medio demente, de profesión dictador, rodeado de sombras nerviosas dispuestas a obedecerle. Ni el hombre ni el país tienen nombres reconocibles. Los rasgos de su pintura enfatizan, además de los aires del poder, del fanatismo, de la paranoia, los de la soledad porque nunca habría de lograr el amor ni pleno ni mediano siquiera una sola vez en su vida aunque lo buscara con mayor ahínco del que pusiera para perseguir a sus enemigos.

El propósito de esta ponencia intenta demarcar las líneas del amor en lo que tiene de ausencia, y su correlato negativo, el desamor en lo que tiene de presencia a lo largo de El otoño del patriarca. Este estudio puntualiza las relaciones —desastrosas para adelantar algo— entre el dictador y las varias mujeres que pasaron por su vida dejando huellas que, en algunos casos, se diría “casi humanas” en el monstruo. Destacan tres entre todas: Manuela Sánchez, Leticia Nazareno y Bendición Alvarado, su propia madre.

### I

Erich Fromm en su popular libro *El arte de amar* propone esta definición de amor que parece justa para nuestro propósito:

... el amor maduro es el que supone la unión bajo la condición de conservar la integridad, la individualidad propia. El amor es un poder activo en el hombre, es un poder con el que se derrumban los muros que separan al hombre de los demás, que le reúne con los otros; el amor le permite vencer el sentimiento de separación y distanciamiento, y a la vez le permite ser su propio yo, retener su integridad. En el

---

\* Profesor de Marquette University Milwaukee, Wisconsin, U.S.A.

*amor puede darse la paradoja de que dos seres lleguen a ser uno y a la vez permanezcan como dos*<sup>1</sup>.

Según Fromm, el amor es un arte, un acto positivo que exige estudio y práctica. Es primero un dar, no un recibir, aunque en el amor verdadero el recibir viene inequívocamente del dar. El amor es un poder que a su vez produce el amor. La **impotencia**, en sentido filosófico, es la incapacidad de hacer posible el amor. La persona que no es madura no puede darse a sí misma ni a nadie. El que no está seguro de sí mismo tiene temor y es incapaz de amar. El mismo Fromm concluye así:

*... Así que la necesidad más profundamente visceral del hombre es la de lograr imponerse sobre su aislamiento, o sea, abandonar la cárcel de su separación. El fracaso total en el logro de este objetivo solo podría ser amortiguado por un alejamiento también radical del mundo externo en que se actúa, de tal suerte que la sensación de separación se desvanezca porque justamente ese mundo externo del que se nos ha separado, también se desvanece. (pág. 9).*

Utilizando esta característica del amor verdadero como punto de partida nos es posible definir su correlato o antagónico, el **desamor**. Este será la ausencia de ese poder positivo que crea una unión de entendimiento mutuo entre dos seres. En vez de destruir las paredes que aíslan, el desamor las erige; vista así, la ausencia del amor no es un estado neutro/neutral, sino una verdadera fuerza negativa cuyos efectos han de manifestarse tarde o temprano. Su más obvia característica es la **soledad** que a su turno produce **frustración** y **angustia**. Este es, pues, el "tríptico Frommiano" del **desamor**. En un último estadio, el desamor es la locura y una subsiguiente separación del mundo convencional. El individuo "desamado" se autoencierra y su existencia se va convirtiendo en una galería infernal dantesca mientras el **mundo real** pasa frente a sus ojos, insensibles, desapercibido.

- 
1. Erich Fromm, *The Art of Loving*, New York: Harper & Row, 1956, págs. 20-21. Por falta de una versión española disponible se han hecho aquí mismo las traducciones incorporándolas al texto. Los dos textos citados van a continuación:

*" [ In contrast to symbiotic union ] . . . mature love is union under the condition of preserving one's integrity, one's individuality. Love is an active power in man; a power which breaks through the walls which separate man from his fellow men, which unites him with others; love makes him overcome the sense of isolation and separateness, yet it permits him to be himself, to retain his integrity. In love the paradox occurs that two beings become one and yet remain two."*

Segundo texto de la página 9:

*"The deepest need of man, then, is the need to overcome his separateness, to leave the prison of his aloneness. The absolute failure to achieve this aim means insanity, because the panic of complete isolation can be overcome only by such a radical withdrawal from the world outside that the feeling of separation disappears — because the world outside, from which one is separated, has disappeared."*

El **desamor**, siguiendo a Fromm, posee cuatro modalidades generales: (1) existe el desamor que produce la tristeza y angustia manifiesta a veces como **rabia** contra el mundo; (2) existe el que se expresa como el deseo de controlar al otro, de someterle porque se es incapaz de mantener una relación en un nivel de libertad individual que incluso puede llegar al llamado "sadismo"; (3) el que proviene de considerar el sexo solamente como gratificación física, desprovista de toda señal de comunicación/comunión entre dos seres; y finalmente (4) existe el desamor que supone soledad irremediable e insuperable.

Hay otras variantes de las cuatro categorías enunciadas tales como la incapacidad de expresar lo que realmente se siente, los regalos que intenten substituir a la persona, el túnel aislante que es la vida en solitario, la falta de libertad personal del supeditado, etc. Como veremos, todas ellas se dan, con alguna prolijidad en *El otoño del patriarca*.

## II

García Márquez presenta su **dictador** ante todo como un "animal político" de proporciones apabullantes y asfixiantes. Esta imagen es llevada a un estado mítico a través de su estilización como si se tratara de un gran "juguete rabioso" —como el de Arlt— que ordena construir y destruir a voluntad y capricho sin reparar en las consecuencias. También es un anciano, en el ocaso de su poder/locura, un déspota con mucho del 'dèjà vu' o desgaste a fuerza de su eterna presencia. Añádase a esto que también había llegado a la casi "divinización" mediante un maquiavélico embrutecimiento/empobrecimiento gradual del pueblo y tendremos entonces la estampa que buscamos. Donald L. Shaw lo presenta con razón como el "falso Mesías" que en cierto modo llegó a ser para tantos y durante tanto, al decir:

*En los tiempos de gloria que precedieron su otoño, curaba leprosos, paráliticos y ciegos con puñados de sal, procreaba cinco mil hijos, identificaba a un enemigo entre una muchedumbre después de años de búsquedas infructuosas por parte de sus agentes, hacía construir un barrio entero nuevo en torno a la mujer amada, y así siempre hasta que trasciende el estado mítico y alcanza la divinidad.<sup>2</sup>*

Sin embargo, todo eso quedó en el "pasado glorioso". Ahora, en la más patética senilidad, está solo. Antes, no sentía tanto el peso de la soledad porque su conducta ultrajosa lo distraía acrecentando de paso la "gloria ambigua" y la atención/pavor de su pueblo. La verdad es que poco le importaba que no lo amaran con tal de que le temieran. Ahora, en cambio, solo tiene agrios recuerdos y memorias vengativas que azuzan apenas el paso tortuoso del tiempo semiestancado. Digamos algo sobre la "edad de oro" del patriarca.

El patriarca tuvo relaciones con muchas mujeres durante su larga existencia. Su posición de poderes omnímodos le permitía tener acceso a cualquier mujer

---

2. Donald L. Shaw, *Nueva narrativa hispanoamericana* (Madrid: Ediciones Cátedra, 1981), pág. 117.

que se le atravesara en el camino de sus caprichos. Alguna vez llegaría a adquirir un "lote" que usaría solo para satisfacer sus deseos carnales. Pero no eran más que relaciones numéricas, desprovistas de sentimientos, y las mujeres, por especiales que fueran, no pasaron de ser mas que "oscuros objetos del deseo" buñueliano infantilizado e irracionalizado. Después, el sexo se transformaría en sucedáneo de la soledad sin querer ni poder ir más allá del momento. El acto amoroso termina donde empieza sin perdurar. La incapacidad y frustración se notan en recuentos como el siguiente, visto desde la perspectiva de la madre, encubridora, a pesar de sí misma y de su patético absurdo:

*ella . . . estropeaba la siesta de los turpiales obligándolos a reventar para que nadie oyera su resuello sin alma de marido urgente, su desgracia de amante vestido, su llantito de perro, sus lágrimas solitarias que se iban como anocheciendo, como pudriéndose de lástima con el cacareo de las gallinas alborotadas en los dormitorios por aquellos amores de emergencia en el aire de vidrio líquido y el agosto sin dios de las tres de la tarde.*<sup>3</sup>

Después de "los amores de gallo" detrás de las puertas, se nos dice que "quedaba triste . . . y se ponía a cantar para consolarse donde nadie lo oyera". (pág. 22). Pero no solo se siente triste sino también vacío al darse cuenta de que el acto físico no tiene sentido más allá del alivio físico que, como en el caso del adicto, solo sirve para agravar y agrandar el "círculo vicioso" del acto amoroso impersonal en medio del poder ilímite. Este es el origen de la "tristeza Frommiana" en la que la necesidad más profunda del hombre es ser amado. Entremos, pues, en los casos/amores/mujeres del personaje.

### III. MANUELA SANCHEZ

La característica más sobresaliente de la relación del patriarca con Manuela Sánchez es la búsqueda angustiada en ella del "amor" a sabiendas de la frustración que le espera. Veamos lo que pasa por su mente mientras espera su aparición en la sala de su casa destartalada:

*Se preguntaba perplejo dónde estarás Manuela Sánchez de mi infortunio que te tengo que buscar en esta casa de mendigos, dónde estará tu olor a regaliz con esta peste de sobras de almuerzo, dónde estará tu rosa, dónde tu amor, sácame del calabozo de esta dudas de perro, suspiraba. . . (pág. 77)*

Incapaz de darse, acude a los "substitutos Frommianos" para "comprar" el derecho a su nuevo capricho. Así, mejora el barrio donde ella vive, y en un arranque de delirio estrambótico manda que un cometa pase por ese barrio porque está seguro que le hará mucha gracia a ella; y mientras espera el eclipse del cometa inventado, se desespera al no alcanzar esa otra orilla informe que ve en Manuela al tiempo que se hunde en una relación naufraga:

3. Gabriel García Márquez, *El otoño del patriarca* (Barcelona: Plaza y Janés, 1975), pág. 9. Todas las referencias a este libro provienen de esta edición.

*... pero Manuela no contestó, no le tocó la mano, no respiraba, parecía tan irreal que no pudo soportar el anhelo y extendió la mano en la oscuridad para tocar su mano, pero no la encontró. . . la buscó. . . con las dos manos por la casa enorme. . . preguntándose dolorido dónde estarás Manuela de mi desventura que te busco y no te encuentro en la noche desventurada de tu eclipse. (págs. 85-86)*

Al final de la zozobra infantiloides del anciano/niño que ha perdido a su amante en la "feria de su invención", sintiéndose "más viejo que Dios en la penumbra de las seis de la mañana", se nos dice que: "... andaba en medio del diluvio preguntándose con el sabor de almizcle del rencor dónde estarás Manuela Sánchez de mi mala saliva, carajo, dónde te habrás metido que no te alcance este desastre de mi venganza." (pág. 103) Incapaz de la sinceridad que supone una confesión amorosa, opta por enterrarla en regalos tan absurdos como ineficaces mientras remotamente entrevé el sinsentido de su irremediable conducta:

*... contemplaba a Manuela Sánchez sin perderle nada, sin expresarle sus intenciones, sino que la abrumaba en silencio con aquellos regalos dementes para tratarle de decir con ellos lo que él no era capaz de decir porque solo sabía manifestar sus anhelos más íntimos con los símbolos visibles de su poder descomunal. . . (pág. 79)*

Acostumbrado al poder, expresa sus sentimientos con órdenes y no pudiendo tener amigos entre las sombras que le rodean, tendrá que acostumbrarse a ellas, separados como están por la cortina del poder. Tampoco puede confiar en nadie porque confiar es autotraicionarse —rajarse en la terminología de Paz—. Pero el poder, paradójicamente, solo le sirve para crear situaciones amorosas no naturales, o mejor, desnaturalizadas. Manuela, así vista, no podría corresponderle, entre otras cosas, porque a la sombra del anciano y viejo verde "se sentía vigilada en sus intenciones más íntimas", engañada y controlada por un destino cuyas cuerdas otros manipulan. De esta relación de "túneles separados" por sus mismas limitaciones en la comunicación, no debe sorprender que la extrañeza y el enajenamiento sean sus resultados inmediatos. Y obviamente, al final de la mezquina aventura, el dictador se siente infinitamente más solo, a la manera de un convalciente en plena recaída. Tampoco deberá sorprendernos que la conducta errática e imprevisible del dictador sean los únicos "termómetros" de que disponemos para calibrar su conducta en desarrollos subsiguientes.

#### IV. LETICIA NAZARENO

La relación entre el patriarca y Leticia Nazareno puede parecer un poco diferente. A ella le da más de sí que a las otras. La llama por ejemplo "mi única esposa", "mi verdadero amor" y de ella tiene el hijo que llevará su nombre (Emmanuel). Fue ella quien le enseñó a escribir en "la plenitud de la vejez" y solo para ella se quitó la ropa en el acto sexual. Pero no nos engañemos por los aparentes "sacrificios". En el fondo nada cambió y la relación siempre es-

tuvo minada por lo físico y el "resabio del poder". Ella fue escogida, entre muchas, por razones puramente físicas como se escoge una joya o una yegua fina entre miles:

*... pero él sintió que era la única mujer en la piara de mujeres desnudas, la única que al pasar frente a él sin mirarlo dejó un rastro oscuro de animal de monte que se llevó mi aire de vivir y apenas si tuvo tiempo de cambiar la mirada imperceptible para verla por segunda vez para siempre jamás cuando el oficial de los servicios de identificación encontró el nombre por orden alfabético, en la nómina y gritó Nazareno Leticia, y ella contestó con voz de hombre, presente. Así la tuvo por el resto de su vida, presente, hasta que las últimas nostalgias se le escurrieron por las grietas de la memoria. (págs. 162-3).*

Curiosamente se observa desde el comienzo de esta relación arbitraria una paciencia poco común en el dictador mientras Leticia, sorprendida, se acostumbraba a él, a su "cárcel de amor" sin que siquiera la tocara, entre extrañada y halagada, porque el anciano parecía haberlo abandonado todo por estar junto a ella "... para consagrarse a su contemplación y a su servicio" (pág. 166) como si realmente estuviésemos frente a un "amor cortés" de la mejor clase. Sin embargo, no pasará mucho tiempo sin que empiece a desmoronarse el éxtasis al recordarle inoportunamente que ella es "prisionera" de esta relación y para que entendiera de una vez que "sería bien atendida y bien amada" pero que no tendría "ninguna posibilidad de escaparse de aquel destino." (pág. 166)

Estamos frente a otra "encrucijada amorosa" en la que el patriarca cree haberse superado, entregándose, sin darse cuenta que la "cárcel del amor" por bella que sea es solo una prisión limitadora. Sin embargo, no lo entiende así y en un arrebato de euforia proclama que se siente feliz como si en verdad estuviera experimentando algo nuevo y positivo que le llevaría a cantar:

*... cantó, consciente de que en las sombras de su felicidad senil no había más tiempo que el de Leticia Nazareno de mi vida en el caldo de camarones de los retozos sofocantes de la siesta, no había más ansias que las de estar desnudo contigo en la estera. . . (pág. 175)*

La felicidad es falsa porque está contaminada de egoísmo carnal. Al decaer este impulso, decae aquélla, porque tal como lo expresara Fromm, la felicidad no es el resultado del acto sexual sino del amor que debe ser la base del acto. Por esto, aunque con un ejemplo igualmente risible, tampoco se confiará a ella a pesar del "santuario de amor" que construyera en torno a su "diosa/reina", no abandonando la costumbre de dormir solo, con todas las cerraduras y alda-bas y candados de que es capaz un maniático desconfiado:

*Leticia... la única de sus tantas mujeres que lo había conseguido todo de él menos el privilegio fácil de que amaneciera con ella en la cama, pues el se iba después del último amor, colgaba la lámpara de salir corriendo en el dintel de su dormitorio de soltero viejo, pasaba*

*las tres aldabas, los tres cerrojos, los tres pestillos, se tiraba al suelo, solo y vestido, como lo había hecho todas las noches antes de ti, como lo hizo sin ti, hasta la última noche de sus sueños de ahogado solitario. (págs. 190-1)*

Al final, esta relación que tuvo atisbos de cuajar en algo, se derrumba como tantas otras, aunque por razones distintas, entre las que hay que incluir la de su senilidad irreversible, el olvido gradual de Leticia y de su hijo hasta el punto de que cuando son destrozados por los perros al intentar abandonar la cárcel/palacio/jaula de amor impuesta, no habría de encontrar nada en su adormecida conciencia que pudiera reprocharse por muertes tan lamentables e innecesarias:

*... la muerte de Leticia Nazareno y el niño que fueron capturados en ropas de dormir cuando trataban de encontrar asilo en las emba-jadas. . . pero él apenas si los reconoció, había olvidado los nombres, buscó en el corazón la carga de odio que había tratado de mantener viva hasta la muerte y solo encontró las cenizas de un orgullo herido. (págs. 240-1)*

## V. BENDICION ALVARADO

El caso especial de Bendición Alvarado, su madre, merece algunos comentarios. Fuera del dictador, diríase inmortal, es ella quien mejor rivaliza con él en **permanencia** y ya sabemos que muchas veces en el transcurso de sus interminables monólogos llegan a hablarse recreando un diálogo "hipotético". Pero tampoco aquí se ve una relación de cariño natural entre madre e hijo. Han vivido separados y el tirano le ha prestado muy poca atención en verdad en todos estos años hasta cuando presente su muerte. Entonces, como si estuviese seguro de esta "realidad", empieza a exhibir una ternura inusitada en él, aunque con los consabidos rasgos del paranoico ensimismado: "La envolvía de pies a cabeza con una sábana de lino de las muchas que había hecho fabricar a propósito para no lastimar sus llagas. . . duerma despacio, la besaba en la frente, dormía las pocas horas que le quedaban tirado bocabajo junto a la cama." (pág. 136) Quizás no debería extrañarnos, a estas alturas, este brote de ternura. Tal vez sea otra manifestación de su inseguridad, aun con su propia madre. Una vez que ella muera, ya no tendrá que mantener esta relación insólita de dependencia afectiva; como sabe que durará poco tiempo, no habrá de costarle gran sacrificio "rebajarse" frente a ella. Y claro está, para enturbiar todavía más las aguas oscuras de sus sentimientos vacilantes, intentará la gran farsa de hacerla y declararla **santa** después de muerta. Tal deseo será llevado a la práctica con el usual fanatismo creyendo para sí que con el esfuerzo que la empresa de canonización exigirá de él, podrá enmendar y borrar el descuido de toda una vida.

Al acercarse a este último paréntesis, el derrumbamiento afectivo no se hará esperar. Empieza con la agudización de la senilidad, seguido por el alejamiento del mundo y el encierro cada vez más hermético en el laberinto ya fanatizado por obsesiones absurdas. Incluso que el recuerdo mismo de los días gloriosos solo le trae amargas mayores. Quizá esté aquí su infierno en vida y peor castigo.

Oigamos cómo se lamenta, a manera de plegaria, hablando con espíritus ya desaparecidos:

*Madre mía, Bendición Alvarado de mis buenos tiempos, asísteme, mírame cómo estoy sin el amparo de tu manto, clamando a solas que no valía la pena haber vivido tantos fastos de gloria sino podía evocarlos para solazarse con ellos y alimentarse de ellos y seguir sobreviviendo por ellos en los pantanos de la vejez porque hasta los dolores más intensos y los instantes más felices de sus tiempos grandes se le habían escurrido sin remedio. . . (pág. 261)*

Quizá intente convencernos —desde luego que él no lo está— que después de todo y en última instancia tendrá el PUEBLO, su esclavo, cuando hablando con el sanguinario José Ignacio Saenz de la Barra, el encargado de eliminar a sus enemigos, dice: “No te preocupes, coronel, esta gente me quiere”, o aquella de que: “No se equivoque, Nacho, todavía me queda el pueblo, el pobre pueblo de siempre.” (pág. 239) aunque de sobra sepamos que la situación es ahora irreversible y que todo está listo para la escena con que se inicia la novela con las vacas pastando en palacio, un palacio ya en ruinas.

## VI. CONSIDERACIONES FINALES

A modo de capitulación proponemos estas dos preguntas: (1) ¿conquistó el tirano el ámbito de la soledad, o mejor vive y muere en un desamor perpetuo? y (2) ¿habría sido capaz de establecer y sostener una relación de amor verdadero si Manuela Sánchez, Leticia Nazareno, entre otras, hubieran aparecido en momentos más propicios de su vida? La respuesta a ambas hipótesis es negativa. El tirano nunca pudo vencer esa soledad que Fromm denominara “prisión de la vida”. El fracaso solo admite una solución: la locura, de la cual hay abundantísimas pruebas en el otoño de su vida, tema de la novela después de todo. La locura es la única respuesta posible frente a su inhabilidad para alcanzar lo que el mismo Fromm denominara “la necesidad más profunda del hombre”. Nunca pudo vivir un amor puro que trascendiese lo físico/sexual o la presencia física de la “amada”. Ha logrado existir en un estado de **desamor activo** en el que actúa un poder negativo que destruye toda posibilidad de amor positivo. Y su vida en el desamor es también un proceso cíclico y recurrente, angustioso e infernal: añora el amor verdadero, lo busca con ansias, fracasa, y con el fracaso vuelve a sentir con mayor fuerza el anhelo de hallar ese amor escurridizo.

En cuanto a la segunda pregunta, digamos que dada su incapacidad total para dar expresión y realidad a un amor/amada verdaderos, se sigue que no importa francamente el momento en que esos amores entraron en su vida porque estaba abocado y sin remedio, como él mismo dijera alguna vez: “Estoy condenado a no morir de amor”.